

LA FLOR AZTECA

Por Gustavo Nielsen
(Planeta)

“Las mejores relaciones sexuales que tuve con mi mano derecha se las debo a ‘*la flor azteca*.’” Con esa frase rimada como anzuelo comienza el segundo libro y primera novela de Gustavo Nielsen (Buenos Aires, 1962), finalista del Premio Planeta 1996. Lo que viene luego, en su conjunto, no se corresponde del todo con la promesa de aquella frase inicial y de la página que le sigue a modo de planteo temático (en sentido literario y musical): la historia de una búsqueda, o de una obsesión por la imagen que ilustra un truco en un libro de magia, una mujer sin piernas, seccionada en un lugar indefinido en torno a la zona de las definiciones. Tal correspondencia imprecisa, con todo, no va necesariamente en desmedro del libro, que, por su concentración en el recorrido cronológicamente lineal de un único protagonista, y por la extensión (190 pp. de tipografía generosa con varias carátulas), quizá correspondería clasificar como *nouvelle*.

Consta de tres partes. La primera, en dos breves capítulos, se ocupa de la etapa sexualmente fundacional: “Once años” (¿un tanto demasiado precoz?) y “Trece años”. Allí los actos y proyectos de magia y sexo manual se llevan el protagonismo.

La segunda parte, en cuatro capítulos también organizados por edades, de los dieciocho a los treinta y tres años, es la más extensa. En el primero y más largo de esos capítulos (casi un tercio del total del libro), se narra el paso del protagonista y de su mejor amigo por el servicio militar en época de la Guerra de Malvinas, y la magia y el sexo no son allí más que un *leitmotif* secundario. El capítulo siguiente, convalecencia y muerte del amigo, es uno de los más logrados, aunque cuesta aceptar, al final, que el protagonista haya visto diariamente durante dos meses a una muchacha en cama sin advertir hasta el último minuto que, como a la “flor azteca”, le faltaban las piernas. Luego sigue un capítulo kafkiano, en un archivo de cartas del Ministerio de Bienestar Social, donde la tensión y la verosimilitud narrativas van diluyéndose. Y continúan haciéndolo en el último capítulo de esta parte, el repliegue casero del protagonista junto a su abuela, tras su falta de entendimiento con el mundo.

La tercera parte retoma plenamente el tema inicial, y con él la magia en dos sentidos: la de los trucos, incluyendo a una “flor azteca” encarnada, y la magia de la narración. El juego entre el engaño al espectador de un truco de magia y el “engaño” al lector, operando sobre la credulidad y la incredulidad con respecto a lo que es y lo que parece, alcanzan aquí su punto más alto.

El libro, por lo menos hasta avanzado el capítulo “kafkiano” y nuevamente sobre el final, se lee con agilidad, y en los mejores momentos con vértigo. El protagonista, ese muchacho con cierta tendencia al autismo, desacomodado y extrañado del mundo, con un toque de cinismo, que refiere los hechos casi lateralmente, por implicación, remite evidentemente a Sallinger. Acaso sin aquella elaboración de la lengua coloquial y del pobre argot adolescente, pero con un espíritu afín. Y con un lenguaje siempre contundente, sin margen para el lirismo, como cortado a cuchillo, que logra sus mejores efectos cuando, como el mago, no muestra el as escondido en la manga. (197 páginas.)

Pablo Ingberg